

# OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL

CIENCIA \* LITERATURA \* ARTE

Año II

Murcia 1.º de Enero de 1917

Núm. 3

## DIÁLOGO

El tren se deslizaba por una planicie cubierta de verdor. Los limoneros y los naranjos se entremezclaban con las higueras que dejaban ver el rayado fruto, mecido por el viento que sacudía las ramas y oreaba nuestra frente. Del emparrado, que daba sombra á la puerta de la vivienda, colgaba el botijo, y en los bancales trabajaban los hombres despechorrados, con la pelambre de su busto enredijada por el sudor y doblados los cuerpos sobre la madre tierra que les ofrecía el sustento en recompensa de su trabajo. Los maizales llegaban con sus copas á las cruces de las moreras, y los granados y melocotoneros alternaban con las cañas y con los chopos que se alzaban en las orillas de los brazales y de las acequias. En medio de tan verde alfombra, que las palmeras esmaltaban y los pájaros alegraban con sus trinos, veíase la ciudad con sus blancos edificios y su esbelta torre que se iba desdibujando y empequeñeciendo á medida que el tren nos alejaba de ella.

Nuestra conversación iba siendo más afectuosa. Sus palabras eran las del hombre culto, noble y tolerante que sabe conversar y distraer á quien le escucha, sin lastimar sentimientos ni creencias; atinado, correcto y obsequioso, esmerándose mucho en dar al diálogo toda la amenidad posible y á su ademán la precisión que corría pareja con el gesto. Durante las dos primeras horas hablamos de política, de Artes y de Letras, saltando de un campo á otro, sin penetrar en lo profundo de su técnica, sino rozando la su-

perficie de su envoltura, desprovistos de es-  
tono doctoral que es de uso tan frecuente en toda tierra de garbanzos. He de advertir que aquella misma sencillez vino á corroborar el talento del hombre, que no quiso anonadar á su interlocutor con la superioridad de sus conocimientos en las cuestiones de que hablaba, sino permanecer á ras de tierra, sin alardear de sabiduría, modesto, afable, y, en ocasiones, hasta chistoso, como si quisiera ocultar bajo siete llaves el tesoro de su cultura, para facilitar por este medio las explicaciones de quien le escuchaba... La oscuridad nos envolvió en sus sombras hasta que la luz del coche, velada por la cortinilla azul, hubo de sumirnos en la penumbra. Recostados los dos frente á frente; bajos los cristales de las ventanillas para que el fresco de la noche entrase en aquel recinto; ahogada, en parte, nuestra voz por el trepidar de las ruedas sobre los rieles; fijas nuestras miradas, sin que la del uno viera la del otro, por efecto de la semioscuridad; en cariñosa confianza, dimos rienda suelta á nuestras impresiones y á nuestros recuerdos, hasta que él, en contestación á una pregunta mía, dijo, amargamente:

—No es la felicidad el atributo de los hombres buenos. Casi siempre halla la bondad una correspondencia inmerecida, y si, en ocasiones, la honradez y la virtud se desposan con la suerte y de este amoroso ayuntamiento nace lo que usted llama felicidad, no tarda mucho en asestar su golpe la perfidia, trocando en amargura lo que fué satisfacción y regocijo. No creo en la posesión de la felicidad. Cuantas veces la he vislumbrado, no he podido alcanzarla. ¡Y cuente usted que hice grandes esfuerzos para merecerla; pero resultaron inútiles!... Cierto es que batalla-

mos constantemente por acercarnos a esa Sirena encantadora que responde al nombre de Felicidad, mas su posesión es un ensueño de nuestra fantasía. Si privamos al hombre de la ilusión de esa conquista muy apetecible, habrémosle privado de la razón de su propia existencia. Como el filósofo alemán, si me ofrecieran en una mano la felicidad completa y con otra el camino á que esa misma felicidad conduce, no vacilaría un instante y emprendería el camino, aunque en sus revueltas me dejara las energías juveniles y perdiera el último aliento de mi vivir azaroso. Luchar sin tregua ni descanso, entrever un mundo mejor, afanarse por ocupar en él un puesto, aunque la muerte nos sorprenda sin que nuestros atanes se cumplan y sin que nuestros desvelos tengan la codiciada recompensa: esta es, á mi juicio, nuestra misión en el mundo. El que piense que la felicidad se alcanza sin trabajos, sin vigili-  
as, y que una vez alcanzada no se pierde, ¿sabe lo que piensa? Yo he visto á hombres casi perfectos, forjados en el yunque de la honradez inmaculada, ser víctimas del infortunio, y, en cambio, á otros seres despreciables por su ruindad, los he visto codearse con los potentados, con los ahitos de honores y riquezas, aunque esos honores y esas riquezas que tanto deslumbran y que, para la mayoría, constituyen la cifra del bienestar, no representan á la felicidad: son una caricatura de ella, no el fiel trasunto de sus encantos, de sus íntimas satisfacciones, casi nunca logradas y muy pocas veces merecidas...

—Entonces—le interrumpí—su filosofía de usted..

—Mi filosofía—replicó, sin dejarme formular la pregunta—no merece tal nombre. No soy filósofo, ni lo seré jamás. Comprendo que la vida es un tratado de filosofía constante, en el cual aprendemos todos sin darnos cuenta de sus lecciones y sin afiliarnos á ningún sistema. La teoría de usted, ó, mejor dicho, la que usted ha expuesto, no es todo lo firme que debiera ser. ¡Cuántos hombres honrados han sido, son y serán infelices!... No estriba la felicidad en el cumplimiento del deber; pues admitiendo, como ha de admitirse, que este cumplimiento presta la satisfacción que contribuye á la tranquilidad de la propia

conciencia, el hombre tiene que someterse á la corriente de sus sentidos corporales, y sufrir las bruscas alteraciones de su organismo, y amar, y padecer, por más que la virtud se sobreponga y sujete con férrea mano los impulsos de la naturaleza.

—Luego para usted, no existe la felicidad?

—Si existe, no la conozco. Y créame usted que la he buscado y la busco a todas horas.

—Pues si la busca es señal de que cree hallarla; de que duda usted de su propia teoría.

—¡Dudar!... Dudamos siempre. Por la duda se avanza en el camino de la vida. Sin la duda no se habrían derrocado los imperios, ni hecho las revoluciones, ni promulgado los códigos, ni se hubiera avanzado en la esfera del pensamiento ni transformado el mundo. La duda es, á juicio mío, la instructora de la vida, la madre del porvenir. Sin la duda permaneceríamos estacionarios, careciendo de la noble emulación de ascender por la escala del progreso, cuyo último peldaño no columbramos siquiera...

—Para usted—hube de replicarle—la fe no existe, y yo creo que la fe es una fuerza que no debemos despreciar, por grande que sea nuestro positivismo.

—Jamás he negado su existencia ni he despreciado su valimiento. Respetaré siempre las convicciones de los demás y no me burlaré nunca de las ideas arraigadas en la conciencia colectiva. Podemos los hombres practicar distintas religiones ó carecer de religión, en absoluto, sin que por ello nos neguemos los unos á los otros la consideración debida, ni nos falte tampoco la fraternidad que debe imperar en la tierra. La fe ciega no es digna de admiración. Hace del hombre un autómeta, un juguete de su propia ignorancia, y, á veces, de la maldad ajena. En cambio, la fe en el propio esfuerzo, en la noble lucha perseverante, que batalla por el mejoramiento de todos; esa fe consciente y desinteresada que practica el bien porque debe practicarlo, sin que aspire á recompensas de ultratumba, es la fe que cuenta con mi adhesión y á la cual he de rendirle culto mientras viva.

—No negará usted que las ideas que hoy sustentamos, se modifican y se transforman mañana.

—¡Cómo lo he de negar, si la evolución es un hecho! Los músculos se desarrollan por medio del ejercicio, y el cerebro se complica por el estudio. Pretender que las ideas no cambien, es querer que la inteligencia permanezca inactiva, que se petrifique ó se anquilese. No piensa el niño como piensa el adolescente,—ni el joven como el viejo,—ni el afortunado como el infeliz. La edad de los ensueños, de las abnegaciones y de los sacrificios es sustituida por la de la realidad, en que la reflexión se impone á los arrebatos y en que la inteligencia refrena al corazón y lo dirige con acierto. Es la ley de esa evolución constante, á la cual está todo sujeto en la Naturaleza.

—Pero, en esa evolución, existen casos de retroceso que están en pugna con la teoría progresiva de que usted y yo somos partidarios. A veces, cuando menos se espera, nos sobrecoge un hecho que destruye nuestra teoría y que nos hace dudar de la eficacia de nuestros estudios y de nuestros afanes. Y reconocerá usted conmigo que el interés de la propia familia exige de nosotros una adaptación á cuyo influjo no podemos sustraernos.

—Los casos de atavismo á que se refiere, no invalidan la teoría de la evolución progresiva. Con relación á la conveniencia propia, ó al interés familiar, como usted le llama, he de reconocer su fuerza. La misma tolerancia que practicamos exige cierta parquedad en las manifestaciones, para no lastimar los sentimientos ajenos; para que se establezca y se consolide el mutuo respeto que los hombres hemos de profesarnos. La oposición irreductible, sistemática, sólo conduce á la exaltación y al egoísmo. Por cima de las religiones positivas y sobre todos los regímenes establecidos, prepondera el sentimiento del bien, de la justicia y de la verdad.

—Acaba usted de pronunciar una palabra que me sedujo siempre: la *verdad*. Y me atrevo á preguntarle: ¿dónde radica la *verdad*? Porque esa duda que, según usted afirma, es la fuerza impulsora del progreso, no existiría si la verdad se manifestase de lleno.

—También he interrogado á mi conciencia, cuando el cansancio me ha rendido é cuando la infidelidad me clavó su garra en el

pecho, para saber dónde estaba la verdad. Y mi conciencia me dijo que la verdad radica en el amor.

—Pero ¿en el amor verdadero, que es el que une al hombre y la mujer para perpetuar la especie, ó en el amor de la Humanidad?

—En el amor bajo todas sus fases y denominaciones, y, singularmente, en la que recibe el nombre de fraternidad, sin exclusión de razas, de intereses ni de cultura.

Pero esa fraternidad no pasa de ser una ilusión. Los pueblos se arman para destruirse; para hacer que sus ambiciones prevalezcan y que impere en el mundo la suprema ley del más fuerte. Cada cual invoca el sentimiento de la justicia, y la idea del progreso no guarda relación con los armamentos que consumen gran parte de la riqueza de las naciones.

—Ese falso concepto de la justicia, no es la verdad. Sobre la ley escrita y sobre todos los egoísmos está la conciencia del hombre: inútil es que tratemos de sojuzgarla, engañándonos á nosotros mismos. Ella nos acusa sigilosamente, y aunque pretendamos acallarla, nos persigue y acaba por entristecernos.

—Luego el hombre de conciencia recta ¿no será feliz?

—No.

—Rotunda es la negativa.

—No puede ser de otro modo.

—¿Por qué?

—Porque esa misma rectitud será una nota discordante en el concierto de ambiciones, de falsedades y de hipocresías en que danza la sociedad de que forma parte. Además, no será feliz el que á todas horas vea los sufrimientos de sus semejantes y no pueda remediarlos, á pesar de su buena intención. No será feliz el que tenga que afanarse por el sustento de su familia y que luchar sin tregua por encubrir sus convicciones para no chocar contra sus amigos, ni enemistarse con las personas de cuyo apoyo necesita para desenvolverse en la esfera de su trabajo.

—Me convenzo de que usted se refiere á la felicidad absoluta, y yo he aludido á la felicidad relativa. Todo es relativo en el mundo. Se aposenta el bien junto al mal; el dolor cerca de la alegría; la abundancia al lado de la escasez; la tristeza en lugar muy

próximo al regocijo; la hermosura no distante de la fealdad, y la esplendidez se confunde con la tacañería, con el egoísmo y con la ambición de poseerlo todo.

—No tiene vuelta de hoja: estamos de acuerdo.

—Luego...

—Una conciencia tranquila y un mediano pasar, sin presunciones engañosas; una noble intención y un entendimiento cultivado: he aquí la base de la felicidad relativa que menciona usted.

Callamos los dos. El tren seguía su rápida marcha y nosotros apoyamos la cabeza en el respaldo del asiento. Insensiblemente nos dormimos, y, al despertar, nos encontramos dando vista á Madrid. Al apearnos nos despedimos el uno del otro y entramos en la Corte de España en busca de la felicidad que á todos nos sonríe: pero cuya posesión difícilmente se logra...

ALBERTO SEVILLA

## NUESTROS POETAS

### SU PERFUME

Era rubia... Mi alma  
la caricia sintió de sus cabellos  
como desmayo de sutiles sedas  
en el hondo fragor de mi tormento.

Era rubia... Sus ojos  
clavaron sus puñales en mi pecho  
y una pasión indómita y extraña  
ahondó mis ojos en morados cercos.

Era rubia, era rubia... Su perfume  
se dibujó en la niebla de mis sueños  
y lo aspiró mi vida en el martirio  
de sensuales desvanecimientos.

¡Perfume de sus manos,  
perfume de sus besos,  
de su abanico de marfil y encaje  
y del encaje que circunda el seno!...

¡Señor, estoy herido!..  
¡Señor estoy enfermo!..  
Su pálida hermosura  
ha dejado en mi sangre y en mis nervios  
la tristeza buida de su aroma  
embujado y sutil como un veneno.

### ¡AQUELLA FLOR!

Entre las viejas páginas de un libro,  
como reliquia de mi amor, conservo  
aquella flor que detonaba roja

en el ampo de nieve de su pecho;  
¡aquella flor que en su descote ardía  
como la llamarada de mi anhelo!...

¡Todo ha pasado, todo!..  
En la tristeza de mi vida siento  
helado el panorama de mi espíritu,  
derrumbada la torre de mis sueños...

¡Todo se fué!... Pero al abrir el libro  
y al contemplar los amarillos pétalos,  
una lágrima rueda silenciosa  
y mis labios escalda como un beso.

### ROSA DE SANGRE

No vuelvas a mi lado, todavía  
percibo de tus besos el perfume;  
no vuelvas a mi lado, porque un vértigo  
de rencor y de celos me consume.

No vuelvas, no, que mi dolor te acecha  
y al escuchar tus pasos se agiganta;  
no vuelvas, no, porque serán mis manos  
un dogal de agonía en tu garganta.

Y verá con horror mi desventura,  
en mis brazos tronchada tu hermosura,  
destrozado en el aire tu cabello...

Y tras el estupor de mi quebranto,  
amargamente correrá mi llanto  
por el mármel divino de tu cuello!

LEÓN GONZALEZ.

DEL ARCHIVO DE ORIHUELA

# LAS RIADAS



El día 28 del pasado noviembre se reprodujo en esta ciudad la piadosa ceremonia, tantas veces practicada, de conducir la Virgen de Monserrate al puente y arrojar al río el precioso ramo de nuestra excelsa Patrona para que librase la población y la huerta de la inundación que las amenazaba. Desgraciadamente la impetuosa avenida había socavado ya las márgenes del río, y derrumbándolas al día siguiente, y saltando por encima de ellas en algunos parajes, sembró, como otras tantas veces, la desolación, la ruina y el hambre por las frondosas huertas oriolanas. Veinte días después el río Segura se desbordaba de nuevo, y no hallando ya cosechas que destruir, se desparrama por la vega aumentando las angustias y tribulaciones de los desgraciados labradores que no han tenido tiempo de guarecerse en la ciudad.

Aquella piadosa ceremonia se practicó también al ocurrir la formidable riada del día de Santa Teresa de 1879; pero el origen de arrojar al Segura el ramo de Nuestra Señora no es tan remoto como generalmente se cree. Es más: no era la Virgen de Monserrate la tutelar de Orihuela y su huerta contra esos dolorosos desastres, sino el glorioso taumaturgo San Gregorio. Su día fué declarado festivo por el Consejo en todo el territorio de la ciudad, y tanto este día como el primer miércoles de cada mes, que le estaba igualmente consagrado, á nadie le era permitido trabajar sin incurrir en multas ó en cárcel.

Cuando el Segura amenazaba desbordarse, invitaba el Consejo al Obispo, al Cabildo, á las parroquias, á las comunidades religiosas y al pueblo para hacer deprecaciones al Santo, á fin de templar la ira de Dios. Sus favores fueron tan acreditados y frecuentes, que en 1600 le erigió la ciudad el monasterio de su nombre, lo pobló rápidamente de frailes, le otorgó pensiones y rentas y premió con un donativo de ochenta libras moneda á uno de sus legos que consiguió librar las cosechas de una terrible plaga de

langosta con sólo conjurar los campos y rociarles con el agua milagrosa del pozo del convento.

Las circunstancias en que la Virgen de Monserrate substituyó á San Gregorio en aquella preeminencia tutelar y bienhechora fueron harto crueles y desdichadas para todos los oriolanos.

El año 1672 vino al mundo acompañado de lluvias tan copiosas y frecuentes, que casi todo el mes de enero transcurrió en perpetua rogativa. El día tres ya había dispuesto el Consejo que se sacara á San Gregorio en procesión al río, con la solemnidad y acompañamiento de costumbre y precedido de seis nobles caballeros con antorchas blancas; pero sucedió que las lluvias continuaron, el Segura creció, rompió los frágiles costones que aprisionaban las turbias aguas, y por espacio de varios días esparció en la ciudad y en la vega la desolación y la muerte, arrasándolo todo con empuje tan extraordinario, que hasta el propio convento de San Gregorio quedó amenazando derrumbarse sobre sus cimientos.

Aún continuaban los horrores de esta catástrofe memorable, cuando en los primeros días de marzo empezó el río á crecer de nuevo. El hambre acosaba ya á los vecinos; el trigo del Pósito se había agotado totalmente con los donativos hechos al pueblo y á los conventos. Los emisarios que habían sido enviados á buscarlo en otras regiones, regresaron atemorizados sin traerlo por no poder atravesar la rambla de Benferri, ya desbordada; dolorosos ayes de angustia, voces clamorosas y deprecaciones y congojas infinitas, daban á la ciudad y á la huerta el fúnebre aspecto de un duelo universal inextinguible. No pudiendo salir la procesión de San Gregorio, cuyos frailes se habían refugiado en otros monasterios, se acudió á la Virgen de Gracia y se la colocó en un altar improvisado encima del puente; mas el río siguió creciendo. Entonces el Consejo se reunió en sesión extraordinaria el 7 de marzo y tras largo debate, acordó: *Que se saque en procesión y se conduzca á la Santa Iglesia Catedral la Virgen María de Monserrate, y para que esté allí con la decencia y lucimiento que se requiere, se envíe toda la cera blanca que sea necesaria. Que la Virgen sea colocada en el altar mayor, donde está el Santísimo Sacramento de manifiesto; que se pase recado al señor obispo y cabildo para que las parroquias y conventos, por seis días, vayan á hacer deprecaciones al Santísimo y á la Virgen, y que todos los*

*días se diga misa cantada y sermón, á las cuales asistirá la Ciudad, pagando de sus rentas lo necesario para templar la ira de Dios.*

Aquella misma tarde, al atravesar el puente la procesión, detúvose á la Virgen junto al río, y mientras el pueblo en masa coreaba á grandes voces la letanía que cantaban el obispo, los canónigos y los frailes, tuvo quizás el ilustrísimo D. José Bargés la feliz inspiración de arrojar sobre las encrespadas aguas del Segura el ramo de la Virgen, y esta señal de santa alianza entre el pueblo de Orihuela y su amada Patrona, salvó por aquella vez la vega de otro desastre, quedando por ello, y desde entonces, transmitida á la Virgen de Monserrate la supremacía tutelar con que hasta el año 1672 glorificaron los oriolanos al taumaturgo San Gregorio.

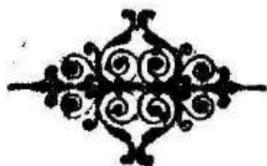
Ya no volvió á invocarse al Santo en los riadas sucesivas. Su culto declinó; sus frailes desaparecieron; su amplio convento se transformó en almacenes, tabernas y sucio matadero municipal; y el río Segura, cuyos desbordamientos contuvo tantas veces (según rezan los papeles de nuestro Archivo) continuó de tiempo en tiempo, y sigue todavía, ó destruyendo con sus avenidas las cosechas de la huerta, ó no dejando que la fecundidad de su suelo se manifieste exuberante y remuneradora por causa de las frecuentes sequías; porque como al hacer rogativas para que llueva ó para que las riadas no arrasen la vega, el provechoso rogar á Dios no va acompañado de útiles golpes de mazo, tendrá perpetuamente caracteres de actualidad la profecía que San Vicente Ferrer hizo en su visita á los oriolanos, el cual, teniendo en cuenta nuestra proverbial desidia y señalando al río y á la huerta, dicen que pronunció estas fatídicas palabras:

*— Este lobo se comerá á esa oveja.*

RUFINO GEA.

Cronista honorario de la ciudad de Orihuela

Diciembre de 1916.



## José Pascual y Valls



### II.

El Dibujante. — Donde la personalidad artística de Pascual se acusa más vigorosamente, es en su aspecto de dibujante, aun cuando no dejara obra, en este sentido, definitiva.

Este aspecto interesantísimo se revela en multitud de apuntes que ilustran cuádrnos y hojas sueltas, en los cuales está toda su inspiración, toda su graciosa manera de entender la línea, todo su saber, expuesto con desordenada ingenuidad, sin atildamiento, aunque siempre con dominio y con aplomo.

Tanto es el valor de estos apuntes—verdadera confianza del artista—que ellos por sí solos son elementos suficientes para poder apreciar el criterio estético de su autor y para llegar a determinar su personalidad que, al decir del señor Baquero, como ocurre con la de Villacis, viene siendo poco menos que un mito.

Sorprende, desde luego, en muchos dibujos la gentil elegancia con que están compuestas las figuras, estilizadas a la vez de un modo exquisito. Es un arte depurado, aristocrático, el que se manifiesta en esta labor íntima. En él la inspiración vuela con toda independencia, libre de las trabas del gusto plebeyo, que pueden estorbar la concepción y la ejecución de la obra pública. Se siente como el artista ha ido complaciéndose en cada rasgo y en cada actitud de aquellas figuras de una gracia y un ritmo encantadores, tocadas, sin duda, del ritmo y la gracia de la estatuaria griega, que Pascual debió estudiar con amor. En sentir del gran dibujante Flaxman, la contemplación de los modelos de la antigüedad clásica, de nobles hábitos al espíritu, lo lleva natural-

mente a buscar en toda su belleza la sublimidad y la elegancia y le inspira disgusto por lo que es vulgar y bajo. Y el arte de Pascual, tan selecto, tan apartado de las varias corrientes de su época, tiene seguramente su filiación y fundamento en el estudio de tales modelos, fuentes eternas de serenidad, sencillez y gracia. Bien lo demuestran sus estudios de huertanos helenizados, sin dejar de ser huertanos por eso; feliz ingerto de la eurytmia griega en la ruda contextura del tipo africano heredado. Y también tal filiación y fundamento nos resuelve la paradoja aparente de la vida enferma y melancólica de Pascual y sus cuadernos de apuntes, exaltación optimista de la forma humana.

Tienen además estos dibujos (especialmente los comprendidos en los cuadernos que posee el señor Fayrén) un valor representativo de viva protesta contra toda obra de bárbaro realismo que pretenda traspasar los umbrales del arte arrogándose su representación. Y no porque Pascual desdeñara el natural, la realidad. Por el contrario el estudio del mismo le sirvió para poder desarrollar y amplificar el tema del ritmo de la línea, que había aprendido en los modelos clásicos. Las hermosas *academias*, que se conservan en el Museo de la Trinidad, manifiestan bien claramente su respeto al natural cuando de interpretarlo justa y fielmente se trataba. Pero de ordinario nuestro dibujante, ante el natural, no se limitaba a sorprender *los particulares*, sino que ahondaba en la realidad hasta hallar lo esencial, siempre bello. Así nos lo dice su fácil manera de agrupar las figuras en equilibradas composiciones, su acertada expresión de las actitudes, su habilidad al sorprender el movimiento sin violencia o al bien plantar las figuras sin rigidez; y todo esto obtenido con una simplificación y estilización admirables.

El arte de Pascual era, y hubiera sido siempre, como hijo de una inteligencia equilibrada y de un sentido estético depurado y exquisito, idealista y realista en el fondo,

sin que en ello exista contradicción. La obra de arte, más que una copia de la naturaleza, es una interpretación de la misma, es algo subjetivo, que siempre tiende a presentarla en su aspecto más bello y trascendental, debiendo limitarse, como afirma Taine, la imitación de los objetos a las relaciones y a las dependencias mutuas de las partes. La cuestión del idealismo y del realismo en la pintura, cuestión de siempre —acción y reacción—dejaría de tener importancia, si cada uno de los términos no adoptara posiciones extremas, a veces casi extrañas al arte pictórico, por cuanto ambos conceptos se compenetran y forman la obra artística, la cual es real porque llega a producirnos la impresión de la naturaleza y es a la vez ideal porque responde a un estado de alma del artista al interpretar la realidad y al disponerla de modo que, a pesar de su artificio, nos sugiera como la verdad y la vida mismas. Por eso, aún en las obras más realistas, cuando son geniales, hay algo por encima de una copia servil, fotográfica, de la naturaleza.

Volviendo al arte de Pascual, en el que acaso predomina la idealidad como complacencia de su mismo espíritu, falta añadir, para terminar, que donde seguramente hubiera hallado campo adecuado a su orientación y tendencias, hubiera sido en lo decorativo, cuyo concepto late con toda espontaneidad en sus dibujos. Hoy que tanto interés va despertando este aspecto del arte, comprendemos el lugar que hubiera podido ocupar Pascual entre sus cultivadores. Los apuntes a que hemos venido refiriéndonos, aún dentro de su cualidad de meras impresiones, soportan sin peligro la comparación de los dibujos modernos, y aún salen victoriosos de ella, con exceso.

LUIS LUNA.

## LA FUTURA ESCUELA ENCAJERA

El año 1917 trae para Murcia un nuevo y simpático Centro de enseñanza: la Escuela de encajes.

Una profunda e insistente inquietud experimenta mi espíritu al verme convertida en Directora de ella, y gratitud eterna conservaré hacia las personalidades murcianas que tal distinción me otorgan.

Agradecida, pues, por una parte y preocupada por otra, no es extraño que sienta en estos días, próximos a la apertura del Centro, la necesidad casi, de hablar de él, y hasta de predecirle, no sé si equivocada, pero sí ingénua, un lisonjero porvenir.

La misteriosa ligazón que las cosas tienen, hace que al hablar de encajes, evoque el recuerdo de hadas y de espumas, por algo tejíó el primero una bella y dulce veneciana, a orillas del mar, contemplando la rizada alga, que como prenda de amor le dejó el ausente el día de la partida.

De la invención de este sutil y bello arte, no pueden, pues, enorgullecerse los hombres, lo crearon las mujeres, nada menos que inspiradas por el amor. Tal vez por eso adquieren tantos encantos cuando se adornan con blondas y tales.

Pero no es precisamente la leyenda romántica, con ser muy bella, ni aún la halagadora demostración de que la mujer fué una vez siquiera inventora, de lo que quiero hablar.

En esta ocasión la prosa de la vida se impone, y yo pienso y quiero decir, que en Murcia como en otras tantas partes, puede ser el encaje un manantial de riqueza que explote la mujer, y yo quiero creer en un futuro éxito. El es el mejor acicate para que consagre a estos proyectos convertidos en realidad, no ya mis entusiasmos sólo, sino mis energías.

Un ilustre murciano hace más de dos años propuso en la Junta de Iniciativas como medio de fomentar la riqueza de España, proteger determinadas industrias que alcanzaban grandes proporciones en el extran-

jero. Entre ellas, si mal no recuerdo, figuraba el encaje. Y bien podía figurar. Bélgica Cluny, Venecia, Valonciennes etc., han obtenido con su producción de este género, á más de fama, muchos millones de ganancia. Pero no hay que ir tan lejos, Almagro y Cataluña nos demuestran palpablemente que en España puede pasarse también de la idea á la práctica y convertirse el lino en oro.

Para ello se cuenta hoy en Murcia con todas las buenas voluntades necesarias. Basta, pues, con sólo quererlo.

La futura Escuela Encajera tiene a mi entender dos labores que realizar, una puramente de cultura artística, otra de protección al trabajo de la mujer.

Bajo el primer aspecto, ella debe preocuparse de enseñar un bellissimo arte, tan artísticamente como sea posible, es decir, copiando las producciones antiguas que son gala de los museos, imitando los tipos de encaje moderno que como notables han figurado en recientes exposiciones, y que son honra de los centros que los producen.

En cultivar este arte seguramente la mujer murciana encontrará plácido entretenimiento, mientras teje, acaso, los encajes que han de realzar su belleza el día de la boda.

Bajo el aspecto puramente protector, la Escuela debe proporcionar trabajo a la mujer necesitada, realizar una verdadera obra social de amparo. Para ello debe ser también la encargada de colocar la labor en el mejor mercado, sin intermediarios que la exploten. Lo primero se conseguirá creando más adelante talleres y lo segundo cooperativas de trabajo.

El plan es basto, pues, quiera Dios que al entrar el año XVIII un positivo éxito haya coronado la obra en que con tan buen deseo han intervenido ilustres murcianos, cuyos nombres no cito con elogio, porque mis palabras pudieran tener eco de lisonja.

LAURA ARGELICH.

# AÑO NUEVO



Lo habrás visto, lector carísimo, por que en estos días la alegoría es tan obligada como las felicitaciones y los aguinaldos. El 1916 es un viejecito de luengas barbas niveas, cabellera hirsuta, y destrozada túnica, que armado de horripilante guadaña, con el clásico reloj de arena, en el que apenas si queda «el último grano», dobla su cuerpo hacia la tierra y coloca tembloroso su pie al borde de la tumba. Es el 1917 un niño rollizo, de prominentes y coloreados carrillos, rizada cabellera, piernas rellenas que tienen aspecto de jamoncitos de Trévelez, y unas alitas muy chicas, que se supone que le han servido para *planear* desde los senos del Tiempo hasta aterrizar en este pícaro y desacreditado valle de amargura.

El año que nace y el que muere. Lo mismo del año *pasao*, que dijo el borracho del cuento. Las figuras son siempre las mismas: sólo varían las cifras.

Les ocurre lo que a los hombres, que en el fondo, todos somos iguales; no nos diferenciamos más que en la mayor o menor perfección del dibujo con que nos presentamos, o se nos presenta, en la vida. Todo es cuestión de rascar más o menos hasta encontrar la igualdad.

Y la prueba está, lector amadísimo, en que cuando las pasiones rompen su dique, cuando el rencor o el odio dan al traste con todas esas grandes falsedades que hacen de la Humanidad una hermandad, y que siempre se escriben con letra mayúscula, los hombres de hoy resultamos tan primitivos como una sandalia. *Nihil novum...*, que dijo el otro. Entre el caballo de Atila, que no dejaba crecer la yerba donde posaba su herradura, y uno de esos *tanques*, producto del ingenio inglés, no hay más diferencia que unos cuantos años que se hundieron en la tumba fría de la Historia, y otros tantos que vinieron al mundo rollizos y mantecosos a ocupar los puestos de los que habían pasado a la categoría de fiambres.

Hoy, como ayer, muere un año y nace otro, sin que la Humanidad sienta otra conmoción

que la que naturalmente producen en nuestros aparatos digestivos esa serie de azucaradas golosinas que se nos imponen en estos días pascales, juntamente con la sal de higuera y el cocimiento antiséptico; hoy, como ayer, habrás hecho tu pequito de propósito de enmienda, queriendo cumplir el precepto de «año nuevo vida nueva», propósito que, como los programas de los Gobiernos y los bandos de la alcaldía, no pasan nunca de ser unos buenísimos deseos; hoy como ayer, habrás enviado una buena mano de tarjetas de visitas a tus amistades deseándoles todo género de venturas en el año nuevo, sin perjuicio de que a ti te tengan sin cuidado que cualquiera de esos señores a quien felicitas reviente como una chicharra el día menos pensado.

Que se va un año y viene otro: bueno, ¿y qué?

¿Qué es nuestra vida, a más de «un breve día» que dijo el poeta? Pues nuestra vida no es más que una letra de cambio a plazo fijo. Corre con el tiempo; cada año que pasa es una renovación; pagan unos intereses muy crecidos, y otros muy pocos intereses, según el «interés» que la Fortuna demostró con cada cual; tiene mayor garantía a medida que es más importante el aval que en ella ponen nuestra cabeza, nuestro corazón o nuestros riñones; y cuando llega la hora del vencimiento, las pagamos todas juntas, con protestas o sin ellas, pero las pagamos. He dicho sin protestas y no es verdad; todavía no se ha dado el caso de que venza una de esas letras sin que proteste el tenedor.

Entre los años, como entre los hombres, los hay que han pasado por la vida dejando de su existencia un imborrable recuerdo; y otros que pasaron a la tumba del olvido sin dejar un modesto rastro. Claro está que en hombres y en años, esos últimos fueron siempre los más abundantes.

Sin remontarnos a largas fechas, podemos recordar, y eternamente vivirán en la memoria de todos los mortales, el 93 en Francia, el 808 en España, el tristísimo 98 que dió de sí una generación de regenerados y otra de pedantes y, aún está muy fresco, pero cuando corra el tiempo, el 1914 quedará en la historia de la Humanidad con un cartelito muy envidiable.

Esos años y otros muchos dejaron huellas imborrables de su paso, y en la historia del Mundo quedarán como quedaron los nombres de

Cervantes, Nelson, Leonardo de Vinci, Colón, Voltaire y tantos otros.

Pero, recuerden ustedes otro año cualquiera: el 1881, por ejemplo. ¿Me quieren ustedes decir qué cosa hizo de notable ese año para guardar recuerdo de él? El 1881 pasó a la Historia exactamente lo mismo que pasará el conde de Romanones.

¿A qué categoría pertenecerá el año que acaba de nacer? Allá en las alturas sólo Dios lo sabe; y en este pícaro mundo únicamente Madame de Thèbes se había atrevido a adelantarnos ¡algo! Lo único lamentable es que la célebre pitonisa francesa, al predecir todo lo que iba a ocurrir en el 1917, no se enteró de algo muy lamentable para ella; y la pobrecita dejó de existir al mismo tiempo que el 1916.

Per cierto que pocos días después, el célebre monje ruso Rasputin, que también tenía el vicio de leer en lo desconocido, ha sido víctima de un asesinato. ¡Mal año para los adivinadores! Parecía un oficio tan cómodo y también tiene sus quiebras.

Lo que no tiene duda alguna es que el año ha comenzado con bastante desafinación. Wilson le ha saludado con una nota que no ha sonado muy bien a los aliados; nuestro Gobierno soltó otro par de notas que no han logrado satisfacer a ninguno de los dos bandos en que nos hemos dividido los españoles, por obra y gracia de la ensalada internacional; los aliados han disparado a Alemania una nota estirindente como un mortero, en contestación a la no menos desconcertante nota que les colocó Alemania como despedida de año.

¡Y aun pensamos en que el 1917 puede ser el del concierto de la paz! Díganme ustedes si puede haber concierto posible con tanta nota discordante.

¡La paz! ¡La paz! Espronceda sólo creía en la paz de los sepulcros; un servidor de ustedes, desde que en los partes de la guerra leyó aquello de «nos bombardearon el cementerio de Tal», no cree ya ni en la paz de las tumbas.

¡Ah, si el año que lanza sus primeros vagidos fuera el de la paz!; pero no tiene cara de ello.

Y pienso yo muchas veces qué va a ser de nosotros los españoles en cuanto termine este zafarrancho. Cuando ya no tengamos que ocuparnos de la guerra, ¿a qué vamos a dedicar nuestras energías? Acostumbrados nosotros toda la vida a estar divididos en bandos, jamás llegamos a un tan alto grado de pasión como cuando nos hemos clasificados en francófilos y germanófilos; cuando ya esto no tenga valor alguno, ¿qué vamos a hacer? ¿de qué vamos a discutir? ¿por quién nos vamos a pelear? Seguramente volveremos a nuestra división de gallistas y belmontistas, y sustituiremos nuestros actuales entusiasmos por la organización alemana a las energías aliadas, por los pases de trincheras o las verónicas ceñidísimas. A Joffre y Mackensen sustituirán nuevamente Maravilla y Terremoto.

Año que naces: ¿qué te traerás en el zurruncillo? Nosotros te hemos recibido con cara placida, ingiriendo los doce salvadores granos de uva que llevan en su seno el germen de la felicidad. ¡Bien venido seas!

Yo soy un pesimista. Traigas lo que traigas, siempre serás un año más; otro paso para la tumba, algunas arrugas en el rostro y unas cuantas canas en la cabeza. Si tristeza me da el 1916, con sus barbas hirsutas, viejecito, encorvado bajo el peso de la guadaña, tristeza me da el 1917, regordete y coloradito.

Aquél, después de todo, es la realidad. Bueno o malo ha vivido y nos mostró con su ancianidad y con su muerte la verdad. El que ahora da sus primeros pasos es el misterio, es lo desconocido, es la duda lacerante.

¿Qué será tu vida? Y sobre todo, y esto es lo más interesante: ¿qué será en tu vida nuestra vida?

Lector queridísimo: que asistas al entierro del que nace es lo que te deseo. Que Dios y el precio de las subsistencias te den medios para poder llegar con plena salud a la hora del sepelio de este niño encantador, que viene al mundo envuelto en una aureola de esperanzas.

MANUEL REVERTE.

# ORO VIEJO CLÁSICOS MURCIANOS

## El Doctor Don Diego Ramírez Pagán

*Nació en Murcia hacia el año 1525. Desde muy niño tuvo gran afición y excepcionales aptitudes para la poesía, y compuso versos en castellano y latín.*

*Estudió en Alcalá de Henares, donde se ordenó y se doctoró en Teología. En la sabia Compluto, albergue entonces de grandes ingenios, hizo amistad con Francisco de Figueroa, Jorge de Montemayor y otros poetas distinguidos. Con ellos continuó teniendo cariñosa correspondencia durante el resto de su vida. En aquella vieja ciudad universitaria escribió muchas de sus poesías, traducciones e imitaciones de Virgilio y Horacio, entre ellas varias epístolas, la elegía a la muerte del Emperador y la égloga piscatoria que empieza:*

*«Silvano, de las ninfas del Segura  
conocido pastor, y en la ribera  
de Cartago espartaria y su llanura...»*

*Ramírez Pagán fué uno de los más fervientes partidarios de la escuela italiana o petrarquista, introducida en España por Boscán y Garcilaso.*

*En un certamen de la Universidad complutense obtuvo una corona láurea, honor a que el poeta y sus amigos aluden repetidas veces. El príncipe de Mérito, «gran favorecedor de los buenos ingenios», le tomó bajo su amparo; pero debió de durarle poco esta protección, pues algún tiempo después se quejaba el poeta de «no tener hombre».*

*En 1557 ya residía en Valencia, desempeñando el cargo de capellán y confesor de las hijas del duque de Segorbe. A la muerte de una de éstas, de doña Guiomar de Aragón, escribió Ramírez Pagán una sentida elegía.*

*El poeta murciano se atrajo la amistad y la consideración de los hombres de letras más notables de la ciudad del Turia. A instancia de ellos publicó su obra titulada Floresta de varia poesía (Valencia, Joan Navarro, 1562). Dos años más tarde dió a luz la Historia de la sagrada pasión de nuestro Redemptor... según el evangelio de San Juan. De aquel libro entresa-*

*camos los tres sonetos siguientes, joyas de nuestro antiguo parnaso:*

### LA MANZANA

El gusto que se ceba a la continua  
del fruto de tu vista dulce y santa,  
hace que se le olvide a la garganta  
toda fruta extranjera y peregrina.

Pero viendo comer a tu divina  
boca de lo que el rústico trasplanta,  
sólo en esto mi voto se quebranta  
y sube de apetito a golosina.

Porque eres alabeja semejante,  
que muda cuanto toca y lo convierte  
en más dulzura y en virtud más sana:

y aunque trajera tósigo de muerte,  
en tocándola tú fuera bastante  
a darme la salud esa manzana.

\*

### EL ROSTRO DE MARFIRA

De un bruñido marfil remate nuevo  
estaba en mi cayado yo labrando  
y el rostro de Marfira retratando  
como en mi corazón vivo lo llevo.

Y tanto en él los tristes ojos cebo,  
que, como si presente aquí mirando  
la tuviese, su imagen contemplando  
así le digo a mi bastón de acebo:

—«Solíades antes ser, cayado mío,  
descanso de Bardanio y sois agora  
destas lágrimas vivas argumento!

»Pues ¿cómo de mis ojos no desvió  
tu rostro desleal, cruda pastora,  
si siempre de matarme fué tu intento?»

\*

### PENITEECIA

El cuerpo está de vicios abrevado,  
en el profundo el paso detenido:  
las aguas de mis culpas han crecido  
y hasta el alma mía se han entrado.

Si a pie pruebo a salir, no hallo vado;  
si a vuelo se han mis alas derretido,  
y queda en mi deshonra mi apellido  
como de Ícare el golfo señalado.

Si quiero bracear, soy ignorante  
en el nadar; y pues a todo falto,  
bonanza de los tristes que navegan,

Tu mane poderosa de lo alto  
envíala, Señor, y en un instante  
líbrame destas aguas que me anegan.

# Cuentos de "Oróspeda,"

## ESTERILIDAD

*Tu mujer será como parra que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivas alrededor de tu mesa.*

(Psalmo CXXVIII).

### I.

El día aquél, que le dejaron libre sus asuntos de la alcaldía, don Ramón mandó al mozo ensillar su yegua torda, cabalgó en ella y, precedido de su perro *Tigre*, partió al campo muy de mañana a inspeccionar las faenas de sus labradores y jornaleros. Sus heredades eran muchas y unas tras otras quiso recorrerlas todas.

Era a fines de otoño. La sementera hubo de retrasarse mucho aquel año por falta de lluvias. La sequía había tenido asolada y sedienta a la tierra durante el estío y la vendimia; pero Dios acabó por apiadarse de tanta perdición ante las insistentes y fervorosas lamentaciones de los menesterosos labriegos y de los hacendados codiciosos; y, por fin, de las nubes pardas, que llenaron el cielo con sus ubres inmensas, henchidas, descendió caudalosa y pertinaz el agua bendita, el agua fecundante. Los campos mojados se esponjaron jocundos, y al evaporarse la humedad a los rayos del nuevo sol, parecían exhalar un aliento tibio de promesas y esperanzas halagüeñas.

Primero visitó don Ramón las tierras labrantías destinadas al cultivo de los cereales. Los barbechos, abiertos ya en infinitas estrías por el arado, iban recibiendo amorosamente en el regazo de sus surcos, como mitológicas Danaes, la lluvia de oro de las semillas, que arrojaban los sembradores. Las yuntas, entre tanto, daban las últimas rejas, haciendo pesadamente su labranza, al ritmo soñoliento del canto de los mozos.

Don Ramón descendía con agilidad de su yegua. Los gañanes corrían al encuentro del amo y, alzando de sus cabezas los anchos sombreros, le saludaban respetuosamente con un «¡buenos días, señorito!»

Felipe, el guarda y capataz a la vez, acompañaba a don Ramón hasta los cornijales más apartados, respondiendo a sus indicaciones y preguntas y dándole explicación minuciosa de la marcha de las tareas.

La palabra imperiosa de don Ramón no se cansaba de censurar ásperamente. Las labores se hacían chapuceras y despaciosas... Los surcos eran superficiales y claros... Los cortes del azadón, sin simetría y muy someros... La siembra a voleo se realizaba muy desigualmente y con gran lentitud... Aquella gente no hacía más que bostezar, desperezarse y arañar un poco la tierra. Los bergantes, a pretexto de encender un cigarro, se dormían adrede entre chupada y chupada... ¡Claro! El interés de ellos estaba en *estirar* los jornales... Había que espolear, que arrear sin descanso a aquellos gandules!

Felipe apenas se atrevía a balbucir una disculpa, a mascullar una defensa o una protesta. Conocía muy bien el genio de su amo, que no admitía dimes y diretes y era agua corriente que pasa.

—Sobre todo, Felipe,—ordenó don Ramón,—se ha de hacer con mucho esmero la siembra del haza grande, la de los setos. Ya sabes el empeño mío. Sus mieses no han de ser este año ralas y desmedradas como en las anteriores cosechas. Se la ha dejado descansar dos años, se la abona siempre mejor y se la trabaja más que a las otras haces, y no hay razón para que no produzca por lo menos lo mismo.

—Se hará como lo manda el señorito,—replicó el capataz.—Pero me parece que nuestros empeños serán en balde. Al haza

grande no le da Dios su gracia. En ella no se hace más que enterrar la semilla para que se pudra casi toda. Le pasa lo que a los matrimonios sin hijos...

Don Ramón iba a insistir en su encargo; mas la comparación, chabacana y grosera, de Felipe le dejó taciturno.

Sin hablar palabra, anduvieron largo rato por las sendas tortuosas. Aquel silencio lo interpretó el capataz por buena disposición de ánimo en su señorito. Entonces creyendo oportuno el momento, se aventuró a hacerle una recomendación, que creía justa y que llevaba mucho tiempo meditando sin atreverse a insinuársela:

—Señorito, olvidaba decirle que Juan Antonio el Liebre, el que lleva la yunta joven, me viene mareando el pobre... Trabaja como un azacán, sin levantar cabeza; es un buen jornalero... Gana sólo seis reales y suplica que el amo le suba algo el jornal... Ya ve ¡el pobre!... Tiene una gavilla de hijos, todos zagales menudos, y espera pronto otro...

Don Ramón se estremeció de cólera. ¡Subir el jornal! ¡A aquellos gandules! ¡Y como estaban los años! Ni pensarlo. Y añadió con indignado reproche:

—¡Muchos hijos! ¿Y quién le manda tenerlos? Los hijos son un lujo que no deben permitirse los míseros... ¡Hambre y lujuria! ¡Qué poca vergüenza! ¡Qué bestias!...

Y don Ramón, exaltado, implacable, proseguía profiriendo anatemas y ensartando improperios y recriminaciones, mientras saltaba de nuevo sobre su yegua torda y tomaba el camino de las bodegas y de la almazara. Felipe, cabizbajo y mohino por el sofión del amo, se esforzaba en llevar el paso de la cabalgadura.

La almazara se erguía entre los liños del inmenso olivar, próximo al pueblo. Era la época del trabajo. En su interior, en el amplio recinto del molino, había un ronco estrépito de colmena. Mugían las piedras al triturar, en su giro pesado, la aceituna sobre las soleras. Las prensas chirriaban y trepidaban las tolvas. Con el estruendo de los artefactos se confundía el canto de los molineros, que trasegaban la oliva de los capachos y estorines y escurrían el alpechín. El aceite iba llenando los regueros y las balsas,

en chorro continuo como de líquidos topacios.

En las bodegas, vecinas a la almazara, transcurrida ya la vendimia, se pisaban las últimas uvas y comenzaba a fermentar en las enormes cubas el rojo mosto.

La presencia del amo había infundido compostura y más actividad en los trabajadores. La voz imperiosa no se cansaba en señalar reparos y dirigir censuras. Después, acompañado siempre de Felipe, examinó don Ramón detenidamente los pagos y los olivares. Las viñas no estaban mal traídas. Los olivos viejos, ¡menos mal!, como de ordinario, habían dado buena cosecha; pero, en cambio, el plantío de los nuevos, a pesar de la poda y de los muchos cuidados, había tenido poca oliva y mala. ¿Cómo explicarse aquello?

Y Felipe lo explicaba así:

—A los olivos nuevos, don Ramón, les pasa lo que al haza grande de los trigos, lo mismo que al haza grande...

## II.

Don Ramón montó a media tarde en su yegua y regresó al pueblo. Algunos trajinantes, arrieros y labriegos, que en el camino se cruzaron con él, le saludaron con respeto. El caballero a penas les repuso entre dientes. Iba caviloso y abstraído. Pensaba confusamente, tristemente en la esterilidad del haza grande, en la de los olivos nuevos y, sobre todo, en la de su matrimonio.

Llevaba veinticinco años de casado, y Dios, que pródigo le había concedido grandes bienes de fortuna, le había negado en cambio la bendición de un hijo. El ansia de tenerle había sido el torcedor perenne de su vida y de la de Dolores, su esposa. A las ilusiones, a los arrobamientos de su luna de miel había reemplazado la natural esperanza de crear familia. Transcurrieron los primeros años y, a medida que con el tiempo las esperanzas se debilitaban, se desvanecían, acrecieron los deseos, inextinguibles, cada vez más encendidos. Y entonces vinieron las piadosas promesas, las romerías, los votos encarecidos, las devociones, las aguas milagrosas, los sortilegios y amuletos; y, por último, desengañada la fe, la incansable peregrinación por las

clínicas y consultorios más reputados de la provincia y de la corte, las bizmas, las unturas, los específicos y grajeas, los baños de mar y las aguas salutíferas. Y la esterilidad cada vez más invencible, los deseos cada vez más vehementes y las esperanzas cada vez más débiles y fallidas, hasta trocarse en desesperación y desconsuelo atormentadores, horribos, implacables, obsesionantes, con la misma idea fija siempre, agarrada como sanguijuela voraz: ¡el hijo! ¡Un hijo, que sea como un reflejo, como una proyección, como una reviviscencia de nuestro propio ser! ¡Un hijo, que sea, después de nuestra muerte, como una prolongación y desdoblamiento de nuestra vida!... Admirar primero la inocencia del ángel en el candor de la dulce mirada y de la alegre sonrisa; celebrar sus balbuceos y hablar incipiente, luego los espontáneos donaires y las inconscientes travesuras, seguir después con anhelo, con ilusión y esperanza, su crecimiento y adelantos, y, coopartícipes de aquella existencia, sufrir con gusto sus afanes, sus preocupaciones y zozobras y saborear también sus éxitos y sus dichas, hasta que al fin de la jornada, cuando llega la hora del abandono absoluto y forzoso, de la eterna separación y despedida, legarle el producto de nuestros ahorros y de nuestros medros en una cuantiosa herencia!... Que no se hable de los disgustos y penas que acarrearán los hijos. Todo, todo antes que aquel vivir monótono y anodino, que aquella inercia abúlica o aquel afán sin finalidad, sin un *plus ultra*, que nace y muere en uno mismo.

Y todo el hastío hartizo de su vida fastuosa y regalona, sin alicientes, en la amplitud yerta y fría de su casa opulenta de richacho de pueblo, con las arcas y graneros repletos y el corazón exhausto, en la árida y solitaria compañía de su mujer, que igual que él suspira y se aburre, se desplegó ante la fantasía de don Ramón, como un cuadro tétrico y espantoso, como la angustiosa grandeza de un yermo sin fin. Toda aquella abundancia y los prestigios y bienestar, que otros le envidiaban, los hubiera él dado de buena gana por un hijo, ¡por un solo hijo! ¿Qué objetivo tenía aquel afán suyo, aquella inquietud vigilante por administrar sus bienes, por acrecentar las rentas, por acu-

mular, por atesorar avaro, fijo siempre en los pronósticos y augurios meteorológicos, pendiente de la contingencia de las cosechas y de los negocios, del cumplimiento de sus servidores y gañanes?... ¡Era absurdo! Todos sus pingües caudales habrían de pasar el día de mañana a gentes extrañas o a parientes lejanos, que impacientes avizoraban ya el momento de su muerte para arrojarse sobre tan rica presa como buitres voraces!...

A tal punto llegaba don Ramón en sus tristes reflexiones, cuando la yegua se detuvo, bien conocedora de su oficio. Salió el caballero de su ensimismamiento y hallóse dentro del pueblo, ante la espaciosa puerta de su casa. El criado y el alguacil corrieron a recibirle. Apeóse don Ramón y el mozo se hizo cargo de la hacanea. En el zaguán, mientras una vieja criada limpiaba el polvo al señorito, el alguacil, gorra en mano, le entregó varias cartas y papeles. Pasó a una pieza inmediata, donde tenía su despachó, leyó rápidamente la correspondencia recibida y penetró luego en las habitaciones interiores.

### III.

El tinelo de la casa era un aposento amplio, rectangular, con dos grandes rejas practicables, que daban a un patio enlosado y cubierto de parrales. A lo lejos columbrábase el corral, las cuadras y los árboles del huerto, todo esfumado a aquella hora por las cárdenas gasas del crepúsculo. La habitación estaba en penumbra. Los destellos rojizos de los tizones, que ardían en el hogar de la chimenea, iluminaban con oscilaciones desiguales los ángulos oscuros. La vajilla talavereña y la plata y cristalería de los aparadores fulguraban a intervalos. Entre ventana y ventana, se alzaba desde el suelo un enorme y antiguo reloj de pesas, que iba marcando con el acompasado golpe de su larga péndola, el inquietante galopar del tiempo. Cerca del fuego, arrellanada en una poltrona bajo el rebujo de su mantón, yacía doña Dolores. La pobre señora, valetudinaria ya algunos meses con los últimos achaques mujeriles, que son como un adiós a la juventud y a la maternidad, se veía obligada a llevar una vida sedentaria por prescripción facultativa. En aquellos instantes, con la cabeza inclinada,

ocupábase en hacer la labor de unos paños y suspiraba a menudo. Sobre el taburete en que apoyaba los pies, dormía runrunando un hermoso gato negro.

Al entrar don Ramón, la mujer levantó la cabeza y exclamó:

—¡Ay, Jesús! ¡Cuánto has tardado hoy! Ya estaba intranquila.

El caballero se dejó caer sobre una butaca. Lacónicamente comunicó á su esposa sus impresiones respecto a la marcha de las faenas agrícolas, que había estado inspeccionando aquel día.

—Van despacio, van despacio—repetía inahumorado—Aquella gente so duerme. Así se fatigan poco y a la vez alargan la ganancia. Y después de eso, aún tienen la pretensión de que les suba los jornales. ¡Los muy bellacos!... Como si mi padre me hubiera dado las heredades para que se las comieran ellos!...

—¡Jesús, cómo está el mundo!—gemecó doña Dolores.—Desde que se han entibiado tanto las creencias religiosas, los pobres se resignan menos a su miseria y a sus privaciones, ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos!...

—Dicen que tienen hijos. ¡Es verdad! Todos los pobres suelen tener muchos hijos. ¿Para qué se los dará Dios? ¡Y, en cambio, uno que los ha deseado tanto!...

—¡Qué vida!—suspiró la mujer.

—¡Y tienen razón en reclamar cada vez más!—añadió don Ramón con amarga ironía.—Más falta les hace a ellos el dinero que a nosotros, seres estériles y egoístas...

Doña Dolores tornó a suspirar, se limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla y, bajando de nuevo la cabeza, prosiguió tristemente su labor. El marido paseaba la mirada sombría por todos los muebles y todos los rincones, como si quisiera desechar una terrible y tenaz idea.

Se había hecho un lúgubre silencio en la estancia, solo interrumpido por el ritmo metálico de la péndola y el leve ronquido del gato. La noche inminente iba espesando cada vez más las sombras.

#### IV

De súbito, en el pasillo inmediato sonaron unas pisaditas y junto a la puerta vibró cristalina una alegre voz infantil.

—¿Se puede?—preguntó con timidez

Los esposos se estremecieron ligeramente y despertaron de su ensimismamiento.

—Es Margaritilla—dijo doña Dolores.

—Pasa, nena—gritó don Ramón.

Se alzó el portier y bajo sus pliegues se dibujó la silueta de una niña como de unos diez años. Avanzó con timidez, algo avergonzada. Era una preciosa criatura rubia, delgadita. Sus ojos grandes, garzos, tenían reflejos de zafiros en la semioscuridad de la habitación. Margarita era la hija mayor de don Genaro, el maestro de escuela del pueblo.

—Buenas noches... ¿Están ustedes bien? Papá me manda con esta carta para Vds...

La niña decía esta salutación y este mensaje precipitadamente, sin dar lugar a la respuesta, como quien lo repite de memoria.

—Bien, bien—replicó don Ramón; y dando una gran voz, ordenó a los criados que hicieran luz.

Vino una moza y encendió una enorme lámpara que pendía sobre la mesa de comedor. Una luz cruda, amarillenta, como de un amanecer brusco, iluminó la escena.

Don Ramón rasgó el sobre de la carta y para que su esposa se enterase del contenido, la leyó en alta voz. Decía así:

«Sr. D. Ramón Gómez y señora.—Mis queridos amigos y compadres: Esta tarde, de tres a tres y media, ha dado a luz mi esposa felizmente dos niños. El estado de la madre y de los gemelos hasta ahora parece satisfactorio. Me apresuro a notificarlo a ustedes por escrito, ante la imposibilidad de ir y en persona a comunicárselo. Me sería grato que Vds. se dignaran sacarlos de pila, como lo hicieron con Ramoncito. De todos modos cuentan Vds. con dos servidores más y con la consideración y el afecto de su muy reconocido, *Genaro Ibáñez*».

Don Ramón, a medida que iba leyendo, había expresado visiblemente su creciente asombro, que sintetizó al fin de la lectura en una castiza interjección. Doña Dolores, después de persignarse repetidas veces, exclamaba sin cesar con gazmoñería:

—¡Jesús, Jesús! ¡Pobres gentes! A pares. ¡Qué horror! ¡Esto les faltaba!

—¿Y cómo son, Margarita, los hermanitos que te han traído ahora?—preguntó don Ramón, apenas repuesto de su asombro.

—Muy monillos—replicó la niña.—Parecen dos angelitos. ¡Si Vds. los vieran!...

—Sí, sí; iré a verlos. Vé y dí a tu papá que en cuanto cene, iré a ver a los recién nacidos.

Margaritilla, después de saludar, partió ligera.

## V.

Doña Dolores, en cuanto se ausentó la niña, manifestó a su marido sus deseos contrarios a aceptar el nuevo padrino que se les ofrecía. De ningún modo. Es ridículo. No hemos quedado más que para esto. Además, esa gente es abusona. Estas distinciones no son más que compromisos y sablazos. Su propósito se dirige exclusivamente a lograr nuestra intimidad y confianza con el premeditado fin de explotarnos con más libertad, de pedir y saquearnos a todas horas. ¡Son unos gorriones! Aún así, ya lo ves: el préstamo de los cinco duros, de los tres costales de trigo y las dos arrobas de aceite, que les hemos hecho en distintas ocasiones, no los cobraremos nunca. ¡Buenos hombres están! Cualquiera tpa una gotera así... Si no pueden vivir, que emigren.

Don Ramón escuchaba con aire meditabundo la diatriba de su mujer. De vez en cuando se encogía de hombros y movía la cabeza como signo ambiguo de desdén o de asentimiento. Sin embargo, aunque a don Ramón le dominaba esa tacañería tan peculiar y frecuente en los ricachos de pueblo, tenía buen fondo y un alma propensa a la compasión. Él sentía una gran lástima por aquella pobre familia del maestro de escuela; pero no se atrevió a contradecir a su mujer, que en parte quizás estaba en lo cierto. Así es que se limitó a replicarla con decisión enérgica.

—¡Bueno! De todos modos iré a visitarles, porque ya he dado mi palabra.

Y luego cenaron más en silencio que de costumbre. Terminada la refacción nocturna, don Ramón se envolvió en su capa guardada y, atravesando varias calles mal empedradas y sólo iluminadas a trechos por la luz tenue de la Luna, se dirigió a casa de don Genaro.

## VI.

En una calleja tortuosa y pediente tenía su hogar el maestro de escuela. La casa era de aspecto miserable. La puerta se hallaba entornada a aquella hora y por sus resquicios se escapaban haces e hilillos de luz y confusión de voces. Don Ramón empujó una hoja de la puerta y penetró en el zaguán. En las casas de pueblo, estos zaguanes suelen ser vestíbulo y estrado a la vez. En él se hallaban varias mujeres. Comentaban con aspavientos y lástimas el extraordinario suceso doméstico. La presencia del recién llegado impuso respeto en la reunión y motivó los saludos de costumbre. Avisado don Genaro alió presuroso a cumplimentarle. Sostenía en sus brazos un niño, cuyo lloro trataba en vano de acallar. Era un hombre alto, desvaído y macilento, de nariz aguileña, ojos mortecinos y barba rala, de laso y entrecano pelambre. Encanecido prematuramente, apenas frisaría en los cuarenta. En sus palabras había a menudo un balbuceo incoherente y premioso, expresión de ideas truncadas y confusas o de un carácter pusilánime.

—¿Qué le doy, compadre—sonriendo le interrogó don Ramón, al verle:—la enhorabuena o la enhoramala?

—Más bien la mala, don Ramón, más bien la mala, como mi suerte.

—No hay que apurarse, don Genaro. Dicen que cada hijo trae un pan bajo el brazo.

—Lo que trae es una piedra de amolar, don Ramón. Aquí tiene Vd. a su ahijado con la *perrusca* del día.

El chicuelo veía que se retorció, como una fierecilla, entre los brazos de su padre. En el extremo opuesto del zaguán, Juanito y Antofito, los otros dos hijos del maestro, reñían y alborotaban disputándose la posesión de una pelota, sin lograr aquietarlos su hermana Margarita.

—Ven conmigo, Monchito, ven con el padrino—repetía don Ramón al niño que traía don Genaro.

Monchito no hacía caso de nadie; y el padre se vio precisado a entregarle al brazo secular de una vecina servicial y ducha en achaques de chicos.

—Bueno. ¿Y la comadre y los mellizos? Quiero verlos—indicó don Ramón.

—Pase usted por aquí—repuso el maestro.

Atravesaron una pieza oscura y un pasillo y entraron en una alcoba reducida, que trascendía a sahumero de espliego. Una capuchina de azófar, colocada encima de un cofre, difundía una luz tediosa y mortecina en la estancia. En un desvencijado camón, con el semblante exangüe y marchito yacía la esposa de don Genaro. A cada lado tenía un recién nacido; y ambos lanzaban vagidos incesantes. Dos mujeres, una anciana y otra joven, cuidaban de la asistencia.

—¿Qué tales ánimos hay, comadre?—preguntó el visitante a la enferma.

—Muy pocos—repuso con voz débil—¿Ha visto usted qué desgracia, don Ramón?

—Sí, quéjese, señora coneja.

—Una gran desgracia para nosotros que carecemos de lo necesario. Y a usted, en cambio, que pudiera criar muchos hijos con holgura, no se los da Dios. ¡Qué mal repartido está todo!

—Sí, señora; así es la vida. ¡Qué hemos de hacerle! ¿A ver esos chiquillos?

Las mujeres mostraron a don Ramón los infantes. Estaban encarnaditos, con los ojillos desmesuradamente abiertos. Los levantó en sus brazos celebrándolos, y los besó. Luego los dos hombres salieron de nuevo al zaguán.

—¿Contamos con usted para el bautizo?—preguntó don Genaro.

Ante aquella pregunta titubeó don Ramón recordando la actitud de su esposa.

—Mire usted—contestó por fin:—yo agradezco la atención; pero el estado de Dolores me quita el humor de todo... No pudiendo asistir ella, no me parece bien hacerlo yo. Tenga usted diez pesetas para los gastos de la iglesia, y no le faltarán padrinos.

Don Genaro aceptó la limosna; aunque le contrarió la negativa. Después se lamentó de su escasez de recursos; y el rico hablaba de las malas cosechas, de la subida de la Contribución y de los grandes gastos de las labores que estaba realizando.



Don Ramón regresó a su casa. Las calles estaban oscuras y desiertas. Un segmento de luna aparecía en el cielo, entre nubes. Ha-

cía frío. Los pasos del caballero sonaban huecos y sordos, y en el interior de los recintos y en las revueltas de las calles los repetía el eco lúgubrementemente. Los canes ladraban amenazadores tras las bardas de los corrales, y en lo alto de la torre de la iglesia, que se alzaba siniestra y sombría, lanzaba su silbo agorero una lechuza.

Don Ramón llamó con la contera del bastón en la puerta de su casa. Abrió el mozo y en el zaguán le salió al encuentro, con saltos y halagos, el Tigre. Cruzó los largos pasillos en tinieblas. La péndola del enorme reloj del comedor marcaba su vaivén isócrono, como si un corazón gigante latiese febril en medio de la oscuridad y el silencio de la casa; y en el recinto de una alcoba vecina se oyó suspirar a doña Dolores un «¡ay, Jesús!» melancólico.

Entonces el caballero, que regresaba meditabundo, recordó y parodió mentalmente la comparación de Felipe el capataz:

—A nuestro matrimonio le pasa lo que al haza grande de los trigos, lo mismo que al haza grande...

JUSTO GARCÍA SORIANO.

## Prosas líricas

YA MORÍA EL VERANO.—Aquella rosa caída fué la primera que brotó en el rosal de nuestro amor.

La tarde de Septiembre estaba velada por las nubes de lluvia que cubrían el poniente; un aire que traía la frescura del agua agitaba las cañas á orillas de la acequia, estremecía las hojas musicales de los chopos, y sin cuidados, inquietaba la noble serenidad de los cipreses o unía en un haz las palmas, que en las tardes tranquilas prestan a la palmera donde se posa el sol, un excelso simbolismo.

Ya se sentía cercana la lluvia, cuando por el camino alto apareciste, recortándose tu traje negro sobre el gris del cielo y el verde apagado de los árboles. Tus ojos se abrían radiantes y serenos en tu rostro, y en tus manos florecían jazmines y rosas.

Mi mirada se alejó contigo hasta que te perdiste. Con el corazón y el pensamiento en tí, continué paseando bajo la lluvia que empezaba; en mi mano sonreía a mi alma una rosa pequeña, rosa.

•

ATARDECER.—Después de haber paseado hacia la lumbre efímera del poniente que ya será ceniza, volveremos unidos viendo como en el cielo se abren las primeras estrellas. En esta hora primera de la noche, ornada aún con la ternura de la tarde muerta, serán tu corazón y el mío dos llamas que arderán en nuestro pecho en sombra, y su emoción fragante nos subirá a los labios encendiéndolos en besos y palabras como miel.

Tus ojos guardarán en su fondo la luz dorada del sol desvanecido, y en ellos encontraré mi alma la feliz ilusión de un ocaso transparente y eterno. Y como llevaremos enlazadas las manos, el latir de tus venas dará su ritmo al amoroso palpitar de mi corazón.

JUAN GUERRERO

## REBUSCOS

### El Licenciado Cascales.

### Documentos inéditos

Respuesta a la 3.<sup>a</sup> pregunta de esta sección:—

«LICENCIADO CASCALES:—¿En qué Universidad obtuvo sus grados académicos nuestro insigne humanista. ¿Cuándo contrajo matrimonio y quien fué su primera esposa?»

El Licenciado Francisco Cascales, uno de los tres más grandes humanistas españoles,

según Menéndez y Pelayo (1), se halla injustamente preterido por la crítica contemporánea. El insigne autor de las *Tablas poéticas*, gloria de Murcia y de España, aún no tiene una biografía digna de su mérito. Todo lo que de su vida se sabe se reduce a unas breves e incompletas noticias, fruto de nuestra erudición local. Entre otras muchas particularidades de su vida, sigue ignorándose aún quiénes eran sus padres y la fecha de su nacimiento. Vamos a responder nosotros a la 3.<sup>a</sup> de las preguntas formuladas en esta sección de *Rebuscos*, aportando algunos datos muy interesantes, desconocidos e inéditos hasta hoy.

A la primera parte de la pregunta, sobre cuál fué la Universidad en que el insigne humanista obtuvo sus grados académicos, sólo podemos consignar un dato negativo. Cascales no se graduó ni estudió en Salamanca. Nuestro querido amigo y compañero don Amalio Huarte y Echenique, catedrático auxiliar y archivero de aquella famosa Universidad, nos notifica que ha revisado detenidamente los libros y registros de grados de Licenciados, Doctores y Maestros concedidos por la misma desde 1580 a 1610 (y no figura entre ellos inscrito el de Francisco Cascales).

El ilustre humanista tuvo una juventud azarosa y andariega. Viajó por Flandes y Francia, donde sirvió como soldado. Es conjeturable que hacia el año 1590 estuviere preso en el Castillo de Chinchilla. En 2 de Enero de 1594 se hallaba en Murcia y en 1598 residía en Cartagena «por no vivir pobre entre ricos, malconocido entre caballeros, olvidado entre deudos y extranjero en su patria». Por esta época debió de obtener sus grados académicos. En 1601 volvió a Murcia y ganó por oposición la cátedra de Gramática del Colegio de San Fulgencio. ¿Estaba ya casado en esta fecha? No podemos responder categóricamente. Pero sabemos que su primera mujer no fué doña Juana Ferrer Muñoz, de cuyo matrimonio te-

(1) Este inolvidable Maestro llamó a Cascales, al Pinciano y a González de Salas «la luminosa tríada de nuestros preceptistas del buen siglo.»—*Hist. de las ideas estéticas*, t. III, cap. X; pág. 351.

niamos noticia por el testamento de Cascales, que publicó el Conde de Roche (*Diario de Murcia* de 3 de Junio de 1902). Antes estuvo casado con doña Petrolina de Quirós, de la que enviudó en 1608. Conocemos este dato por un interesante inventario de los bienes que dejó aquella señora a su muerte, el cual existe, de puño y letra de Cascales, en el protocolo del escribano Pedro Suárez, correspondiente al susodicho año, fol. 936. Por ser documento inédito y desconocido, creemos que nos agradecerán su publicación los lectores de esta Revista.

He aquí transcripción literal de este curioso e importante documento:

—«En la ciudad de Murcia en tres días del mes de agosto de mill y seiscientos y ocho años, ante mí el escribano pubco. e testigos el licendo. franco. de cascales entregó este memorial y dijo ser ynventario de los bienes que dejó su muger en la forma sigte:

—*Ynventario de bienes que haze el ldo. franco Cascales por fin y muerte de doña Petronila de quirós su muger (tachado: difunta).*

☞ Primr<sup>a</sup>nte quatro sillas de respaldo nuebas y otras dos biexas.

☞ iten vn bufete de morera, y otro pequeño de lo mismo.

☞ iten tres cofres errados vno nuevo grande negro y otros dos bermejós y traídos.

☞ iten un arca de pino blanca pequeña.

☞ iten media cama de campo de nogal, nueva, y dos tablados con sus bancos usados.

☞ iten seis colchones los quatro de lana y dos de aristas vsados.

☞ iten seis sabanas, quatro de lino y dos de estopa, vsadas.

☞ iten quatro almohadas labradas.

☞ iten ocho serbilletas de lino vsadas, y tres pares de manteles, dos de lino y uno de estopa.

☞ iten dos fraçadas blancas, vna vsada y otra biexa.

☞ iten un cobertor de palenilla (*sic*) azul traído con su flequo.

☞ iten un repostero y dos guadameciles viejos.

☞ iten vna saya grande de raso negro guar necida con terciopelo labrado vsada.

☞ iten vna basquiña de raso dorado guar necida con quatro ribetes de terciopelo del mismo color muy traída.

☞ iten quatro mapas y ocho quadros vno de nra. Sra. otro de nra. Sra. con su niño. S. Joseph y San Joan, otro de S. gregorio papa, otro de San tiago, otro de un niño Jesús, otro de Cristo con la cruz aquestas, otro de San Raimundo; otro un retrato de don Felipe 4.<sup>o</sup> príncipe de España.

☞ iten, vna ca'dera grande y otra pequeña y un pozal, y una sarten, vnas parrillas, vna rasera, dos candiles, dos candeleros de azofar con unas despauladeras, dos almirezes de cobre; dos platos grandes de peltre, uno mediano y dos pequeños.

☞ iten vnas casas q' afrontan por vna parte con casas de (*tachado: l jurado Juan de yepes*) Juan ruiz caldiuar y por otra con casas del racionero P.<sup>o</sup> de hortega, las quales compró en vida de su muger doña Petronila de quirós en setecientos y cinquenta ducados y dio luego dos mil Rs. y lo demás tomó a censo.

Y el dho Licenciado franco. de Cascales juró quel dho ynventario es cierto y berdadoro y protestó que cada e quando hallare o biniese a su noticia aver otros bienes los pondrá por ynventario siendo testigo el licendo. bartolomé Ferrer presbítero e gines de fresneda (?) procurador vez<sup>o</sup> de murcia, e lo firmó e otorgó, al qual yo el escribano doy fe conosco. Va tachado difunta *l. jurado; l. de yepes. l. no valon estos renglones. Ruiz caldivar vale.*—*El ldo. franco. Cascales.*—Ante mí, P. Suarez >

J. G. S.

## POETAS MURCIANOS

### (ANTOLOGÍA)

El joven y culto poeta murciano Raimundo de los Reyes, tras de improbos trabajos de rebusca y colaboración, ha publicado una modesta Antología de poetas murcianos.

Sólo ha incluido en ella a los que vivían cuando formó su libro. Como la labor ha sido larga, su edición póstuma para al-

gunos de los colaboradores, entre ellos los maestros Baquero y Tornel, honra de nuestras letras.

De los demás incluidos en la obra, hemos de decir en honor del sentido crítico del coleccionador, que como en todo libro de este orden, que pretende tener un carácter integral, los hay excelentes y otros, naturalmente, mediocres.

Cuantos valen y sostienen en Murcia el prestigio de nuestra poesía regional figuran en el libro. Muchos que no debieran figurar están incluidos también; el señor Reyes es un hombre ámplio y muy amigo de sus amigos. El propósito y una parte muy considerable del libro, merecen nuestros plácemes y pueden enorgullecer al recopilador.

Como estamos dispuestos a dar toda la extensión posible a esta clase de publicaciones regionales, que lo merezcan, atentos al carácter regional de OROSPEDA, a continuación insertamos el hermoso prólogo del ilustre Vivero, que abre el libro con llave de oro, un soneto de Miguel Pelayo, que es una joya de inspiración, de gracia y de elegancia y el epílogo de don Mariano Ruiz funes, nuestro compañero, del que este título de confraternidad nos veda todo elogio. Vea por esto nuestro amigo el señor Reyes que en su libro hay cosas muy buenas:

### PRÓLOGO

Por increíble que parezca, no hay hasta ahora una Antología de poetas murcianos, aun siendo estos tantos y tan excelentes. Nadie se resolvió a mostrar enhiladas las mil valiosas joyas que andan dispersas, cuando no tan escondidas, que tal vez pueda recelarse la completa desaparición suya. El espíritu del siglo, que impone las grandes síntesis con avasallador imperio, no fué bastante para determinar la ejecución de esa magna obra, exquisito regalo de los sentidos y escuela viva de Arte. Y asimismo resultó impotente el amor regional, cada día más despierto y fogoso, y que demanda se muestre fuera de Murcia cuán injustas son ciertas pretericiones desdenosas, fruto de la *ignorancia*.

¿Es que dejó de advertirse la necesidad y de comprenderse la utilidad? ¿Hubo acaso absoluta falta de iniciativas y de resolución? No lo creo. Si aún no se hizo lo que debe hacerse, hay que achacarlo sólo a temores justificados. Murcia, creadora de poetas y manadero inagotable de poesía, no se paga mucho de estas insignes flores del alma. Quizás por lo mismo que las ve brotar profusamente.

Pero así, cuando todas las literaturas regionales bizzarrean orgullosas y proclaman su lozanía y vitalidad, nuestra literatura yace en doloroso olvido y no se la hermana con aquellas otras que enriquecieron con sus aportaciones el tesoro común. Así, cuando se enumeran nombres gloriosos y se los enhiesta cual oriflomas bélicos hasta para el logro de prosaicas reivindicaciones, Murcia olvida, enmudece y limosnea, sin percatarse de que los blasones espirituales son también argumentos aducibles en la lucha por la vida.

¡Una Antología de poetas murcianos! ¿Puede haber diamantes de más luminosas facetas? Allí, la gracia socarrona, aguda, del gran Polo de Medina, tan injustamente postergado; allí, los relámpagos cegadores de Monroy, la delicadísima ternura de Selgas, la grave filosofía y el hondo sentimiento de Balart, el cincelado maravilloso de las confidencias de Ricardo Gil; y a par de estos, cumbres insuperables, ¡cuántos otros, más modestos, en los que ya no son! ¡cuántos más, eminentísimos,—Vicente Medina, Jara Carrillo, por citar sólo dos—entre los que, por dicha, siguen enriqueciendo el divino tesoro de la rima murciana! ¡Toda la gama infinita de los sentimientos, toda la gradación de los matices, todas las palpitaciones de la belleza! ¿Qué mucho, si hasta en lo más intenso y puramente murciano, hay un poeta, Frutos Baeza, que no tiene rival en ninguna de las literaturas regionales?

Esa Antología, que ha de hacerse y que se hará para bien de Murcia y orgullo de España: esa Antología, que puede ser incomparable sartal de perlas raras, si la en-

gendran la discreción y el buen gusto, tiene hoy un a modo de anticipo en la obra de para la cual se escriben estas impresiones. No pretendió el recopilador darnos el joyel anhelado. Modestamente, con respeto que le honra, movióse en campo distinto, dispuesto a ofrecernos un cuadro vivo, animado, policromo, donde se nos muestre la legión de jóvenes en que acaso están los grandes poetas del mañana.

Y con ellos, algunos de los Maestros, cual faros que guían por las sendas del Arte a los peregrinos del Ideal, a los Caballeros andantes del Ensueño. Labor de aliento y estímulo la ejecutada con la composición de este libro, muéstranse en él frutos y flores, realidades y promesas.

Fuera injusta y sin razón la severidad escrupulosa que aquilatase, uno por uno, méritos y desméritos, que estableciese líneas divisorias en pueril labor analítica, determinadora de si «son todos los que están» o de «están todos los que son». Tal como es, este libro juvenil y esperanzado, con bellezas positivas y audaces balbucesos, muchos deliciosos, tiene todo el valor de una iniciación.

Es el primer paso hacia la gran Antología de poetas murcianos. Si no tuviese, además, el merecimiento de contener muy lindas composiciones, como queda dicho, esto sólo era de por sí más que suficiente para recibir la publicación de «Poetas murcianos» con plácemes entusiastas.

### SOL DE MAYO

Sol de Mayo en la avena segada,  
en los campos de almendro y de higuera,  
y en la calva aridez de la era  
que interrumpe la parva dorada.

Brilla al sol, amapola encarnada;  
canta al sol, gelondrina viajera;  
corre al sol, arroyuelo; palmera,  
abre al sol tu sombrilla encantada.

Yo no sé qué adorable delicia,  
yo no sé qué apacible caricia,  
yo no sé qué enervante desmayo,

puso en este poeta doliente  
de la loca ciudad febril,  
este sol campesino de Mayo.

### EPILOGO

Murcia es una ciudad propicia a toda clase de inspiraciones poéticas. Su paisaje se acuerda con los más varios estados de alma. Plácido en unos puntos, apropiado para la poesía contemplativa y quieta; dulce en otros, para crear una delicada adecuación entre el alma del artista y la comunicación encalmada con la Naturaleza; de un suave encanto bucólico, aquí, que pone un diapasón á la energía, podando el espíritu de todo brote emocional; allí, fuerte y vigoroso, como su vida, como su sol, como su alma mora.

En la gracia triste de sus divinos crepúsculos de Otoño, parece apoderarse del alma de las cosas la muerte y el renunciamento; luego de estas tristezas otoñales, el invierno pone en los árboles desnudos, en los regatos helados, en las cañas esqueléticas, en la huerta sin flores y sin hojas una nota de dolor. Nuestro sol, eternamente joven, como un milagro de energía, es la suprema paradoja y la más alta indiferencia, y presta a estos trágicos días de invierno, a la Naturaleza muerta, una extraña vitalidad.

La Primavera exalta al dinamismo vital y el ambiente es sensual y es reo, y tortura el alma con el fuego de las pasiones nuevas. El sujeto encuentra su medio adecuado en esta eclosión primaveral; unidos en su alma dos elementos étnicos, de eterno vigor, el árabe y el aragonés, cuando le acucian los impulsos de la emoción, despierta como a una vida nueva para todos los instintos; es una permanente renovación; eternamente desgastado y eternamente nuevo, como la Madre Tierra.

Buscar en este sujeto inspiraciones plácidas, ternuras ignoradas, sentimientos superiores, hijos siempre de la literatura, es labor sin fruto. Cuan fecunda, en cambio, aquella o'ra, que, apartándose de la nitidez de la belleza clásica, busca sus inspiraciones, irregulares y recias como la vida misma, en los reflejos puramente fisiológicos, en lo que incide, nace o se desarrolla por el instinto, en lo que es fuerza, y solo fuer-

za, sin disciplina espiritual; en la explosión de la energía, que parte de las venas, llega al cerebro, rompe el dique de la reflexión, y fluye al exterior en espléndidas magnificencias pasionales.

Luego queda la ciudad, un poco encantada, dormida, cediendo al sortilegio de la pereza ambiente. En su letargo, tiene una sugestiva belleza, la legendaria hermosura de una princesa en sueños; así la ha visto en un magnífico artículo el ilustre prologuista de este libro, Augusto Vivero. De ese sueño mortal, atónico, hay que despertarla; será de una artística inspiración para la poesía, que es nostalgia y es recuerdo; pero el progreso, que tiene la suprema atracción estética de lo que, por no morir, se renueva, nos obliga a ello. No temamos que el despertar sea cruel; el ideal que se persigue lo conoblecerá todo.

Murcia es una población meridional, quieta, capaz de sujetar con sus atractivos esas almas errantes que buscan el hechizo de lo original y de lo arcaico, para distraer su hastio. Lorrain, cuando trataba de encontrar en España lo castizo, lo típico, lo autóctono, lo halló aquí y, con todo Murcia le pareció una población algo africana. En las tardes agonizantes, desde el magnífico mirador del Malecón, en la agrupación material de sus edificios, que enciende el sol poniente, con sus azoteas blancas, destacando en primer término del cuadro los airones de las palmeras. Murcia es una bella sultana apasionada y sensual, sumida en un enervamiento de siglos, como una de esas ciudades moras que describió Pierre Loti, con su gracia patricia y melancólica. Que no sea africana por el espíritu, debe ser vuestro más alto ideal ¡oh poetas de la ciudad!

Vive, además, entre nosotros la vida trágica y fea de las grandes ciudades, con un vivir sórdido, que da al dolor livideces de angustia. Es la mala vida de los penalistas, atentos al hecho, un poco egoista, de la defensa social; y sirviendo sólo a la verdad, la vida de los pobres, de los pobres de

pan, de los pobres de amor, de los pobres de alma. Toda os pertenece, poetas. Uguidos de piedad, llevad a ella el consuelo de la resignación, la pureza lustrar de las lágrimas... Y llevadlo con preferencia a otras inspiraciones. Es una llaga pequeña y será fácil el remedio. Mirad el ejemplo de esas madres que tuvieron la desgracia de traer a la vida un hijo enfermo, depauperado ó feo. Ved como su maternidad nobilísima es más amplia, más acogedora, más llena de protección y de cuidados del alma, para esos pobres seres que, sin culpa, vinieron a ser víctimas involuntarias de la miseria y del dolor. ¿No es ese exceso de afecto como una indemnización por haberles traído sin defensa, a los sufrimientos de la tierra? Sed vosotros como ellas, y que vuestra labor por esas clases pobres, que no os deben nada y que de vosotros lo esperan todo, las purifique y las redima. Que, por vuestra noble inspiración, pase por esas almas enfermas o incultas, como una corriente pura de la alta maternidad del ideal y del amor a todo. Su triste vida, pudiéramos decir, plagando a Rossi, poeta y psicólogo, está hecha con lágrimas, como los héroes de las leyendas calabresas.

Los poetas de esta colección, los buenos poetas, claro es, atentos a estas inspiraciones y persiguiendo estos ideales, pueden construir la ciudad nueva. Los moralistas suelen tener seco el cerebro; los políticos el corazón, todo en un terreno de exageradas concesiones. Los poetas riman el primero a los impulsos del segundo, que es el ideal eterno. He aquí, también, la inspiración de la ciudad futura. Hacedla; madurad la realidad que apunta en muchas almas juveniles; dad a la vieja madre enferma y triste el apoyo de vuestros brazos fuertes, las ideas de vuestros cerebros, el calor de vuestros corazones, y encantada de las gracias de vuestras juventudes en flor, sonreirá satisfecha y será su sonrisa como la divina sonrisa del sol, cuando abre por Oriente las gracias adolescentes de un nuevo día...

MARIANO RUIZ-FUNES,

# LIBROS NUEVOS

**BAGATELAS FORESTALES (1914-1915)**  
por Ricardo Codorniu, Ingeniero de Montes.  
—Indice bibliográfico 63-49 (013).—Madrid.  
Imp. Alemana. 1916.

Hemos recibido dos ejemplares de este bello libro, que ha tenido la atención de enviarnos su autor, distinguido colaborador de nuestra Revista.

El entusiasmo y celo ferviente con que el ilustre ingeniero viene dedicándose, durante largos años, a la propaganda de la repoblación forestal, da a su infatigable campaña, prestigio y carácter de un apostolado benemérito. Para realizar esta misión cultural, y como fruto a la vez de sus continuos estudios, lleva publicado el señor Codorniu considerable número de obras notables, a cuya serie pertenece esta última que ha aparecido recientemente.

A pesar de su modesto título, *Bagatelas forestales* son una colección de excelentes estudios sobre ingeniería de montes y otros trabajos científico-literarios encaminados a despertar el amor y el respeto debidos al árbol, el mejor amigo y protector del hombre. El estilo amenísimo del señor Codorniu que además de hombre de ciencia es un notable literato, proporciona a este libro todo el atractivo de las obras de mero deleite. En él pone en práctica con sin igual maestría, el sabio precepto de Horacio *utile dulci*.

Bien merecería sólo por esto los plácemes de los amantes de las Letras el nuevo libro del ilustre ingeniero, si ya no fuera acreedor a ellos, principalmente, por los elevados fines de la empresa de cultura y patriotismo a que responde.

## HISTORIA Y CRÍTICA

LOPEZ, P. Atanasio, F. M.: *Estudios crítico-históricos de Galicia*.—Primera serie. Estudios históricos. Literatura gallega. Bibliotecas y Códices litúrgicos de Galicia.—Santiago. Tip. de «El Eco Franciscano», 1916.—2 pesetas.

## NOVELA

BELDA, Joaquín: *La Coquito*.—Tercera edición. Cubierta de Fresno.—Madrid, Pueyo, 1916.—3'50 pesetas.

GÓMEZ RENOVALES, Juan: *Mujeres desnudas*.—Historias íntimas de mujeres conocidas, relatadas por... Prologadas por Jacinto Benavente.—Madrid, V. H. de Sanz Calleja.—3 pesetas.

LEROUX, Gastón: *Bibi*.—Traducción española. Dos tomos. Biblioteca Calleja. Madrid, 1916.—4 pesetas.

PÉREZ CAPO, Felipe: *Amor vicioso*.—Librería de la Asociación de Escritores y Artistas. Madrid.—4 peseta.

ROMAN CORTÉS, Emilio: *Carne y espíritu*.—Prólogo de Jacinto Octavio Picón. Madrid, Regino Velasco, 1916.—3'50 pesetas.

SALGARY, Emilio: *El buque maldito* (El Vascello maledetto).—Novela de aventuras. Prólogo de A. Quatrinni.—Biblioteca Calleja. Madrid.—1'50 rústica y 2 pesetas tela.

SALGARY, Emilio: *Los pescadores de «Trépan»*.—Versión directa del italiado.—Biblioteca Calleja. Madrid, 1916.—1'50 rústica y 2 pesetas en tela.

VARGAS VILA: Obras completas. Tomo I: *La demencia de Job*.—Tomo II: *El Minotauro*.—Madrid. Librería de Antonio Rubiño.—4 pesetas vol.

## POLÍTICA

BARRIOVERO y HERRAN, Eduardo: *De Cánovas a Romanones*.—La bancarrota nacional. Apuntes para el estudio de nuestros actuales problemas. Madrid, A. Marzo. 1916. 2 pesetas.

MILEGO, Julio: *El problema catalán: Separatismo ó regionalismo? Antecedentes y estado actual del problema*.—Textos de Almirall, Prat de la Riva, Doctor Robert, Salmerón, Sol y Ortega, Cambó, Maura, Canalejas, Lerronx, Melquiades Alvarez, Alcalá Zamora, Azorín [Letra de «Els Segadors»]. Las bases de Manresa y el programa del Tívoli.—Madrid, Biblioteca Nueva, 1916.—3'50 pesetas.

## POESÍA

DARÍO, Rubén: *Cantos de Vida y Esperanza*. Nueva edición. Barcelona. Casa editorial Maucci, 1916.—Rústica 2 pesetas y 3 encuadernado en tela.

DIEGO, José de: *Pomarrosas*.—*Cantos de Rebelión*.—*Jovillos*.—Tres volúmenes. Casa editorial Maucci, Barcelona.—3 pesetas en rústica y 4 en tela cada tomo.

GRECOURT, Abate: *Poesías picarescas*.—Traducción de Alvaro de Heredia. Madrid, Pueyo, 1916.—3 pesetas.

## VARIOS

DARÍO, Rubén; *La vida de Rubén Darío*, escrita por él mismo. Casa editorial Maucci, Barcelona, 1916.—3 pesetas en rústica y 4 encuadernada en tela.

ZAMACOIS, Eduardo: *A cuchillo*.—Episodios de la guerra europea.—Francia, Suiza, Italia.—Casa editorial Maucci. Barcelona.—3 pesetas en rústica y 4 en tela.

# INFORMACION

## La colaboración de «Oróspeda»

Nuestro ilustre colaborador el sabio académico y catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, don Adolfo Bonilla y San Martín, nos ha favorecido con un nuevo trabajo, muy docto y muy ameno a la vez, como todos los que salen de su pluma. Titúlase «Algunas consideraciones históricas sobre los fenómenos de *desdoblamiento de la personalidad*» tema de gran interés y actualidad científica, que tanto apasiona y preocupa a los cultivadores de la Psicología y Fisiología experimentales, pues marca una nueva orientación en estos estudios. La resolución del transcendental problema que entraña, terminaría en cierto modo la eterna disputa entre espiritualistas y materialistas.

Este magistral artículo del señor Bonilla aparecerá en nuestro número próximo. Creemos interpretar el común sentir de todos nuestros lectores, dando en su nombre las gracias a nuestro insigne colaborador.

## Nuevas Revistas

Ha comenzado a publicarse en Madrid una magnífica revista literaria con el título de *Ilustración*, la cual aparecerá los días 6, 13, 20 y 27 de cada mes. Su primer editorial es un extraordinario número *Almanaque* para 1917, en el que colaboran casi todos nuestros escritores jóvenes de más prestigio en el mundo de las Letras. Su confección, primorosísima y de gran lujo, es un alarde de buen gusto y de arte. De su dirección literaria está encargado nuestro querido amigo y compañero el notable novelista don Emiliano Ramírez Angel, tan experto en estas empresas editoriales.

Auguramos un gran éxito a la nueva publicación, que ocupará seguramente uno de los primeros puestos de nuestra Prensa ilustrada y llenará, por lo menos, cumplidamente el vacío que deja la célebre *Ilustración Artística*.

•

También muy en breve aparecerá en Barcelona una publicación científica y literaria con el título de *La Revista Quincenal*. Colaborarán en ella ilustres escritores nacionales y americanos.

Enviamos un cariñoso saludo de bienvenida a los nuevos colegas, congratulándonos de su aparición, que consideramos como señal de un consolador resurgimiento de la

cultura española, tan decaída antes por desgracia.

## Concurso literario de «Eureka»

La Agrupación «Eureka» del Círculo de Bellas Artes abre un concurso literario con los siguientes temas:

Poesía.—Tema.—Una rima becqueriana.—Premio de don Mariano Ruiz funes.

Prosa.—Tema.—«La del alba sería...» Crónica literaria, que no exceda de diez cuartillas.—Premio de don José Flores Guillamón. El plazo de admisión finalizará el 31 de Enero.

Los trabajos se remitirán en la forma acostumbrada al señor secretario de la Agrupación.—Murcia, 31-XII-916.

## El Dispensario antituberculoso

Galantemente invitados por el señor Vicepresidente de la Junta Provincial Antituberculosa, tuvimos el gusto de asistir a la reapertura del Dispensario Antituberculoso de esta capital, que se verificó el pasado día 30 de Diciembre. Realzaron el acto con su presencia distinguidas personalidades, entre las que figuraban numerosos doctores. Hicieron uso de la palabra, pronunciando elocuentes frases, el Presidente de la Diputación, señor Llovera, el Director del Dispensario, Dr. Montesinos, y el notable fisiólogo Dr. Roncal. Los asistentes fueron obsequiados con dulces y licores.

Deseamos prosperidades al benéfico centro para bien de la Humanidad deliente y honra de la cultura murciana.

## Agradecidos

El importante periódico madrileño *El Día* acusa recibo al segundo número de nuestra Revista, con las siguientes cariñosas frases:

«Hemos recibido el segundo número de la revista quincenal de ciencia, literatura y arte que con el título de ORÓSPEDA se publica en Murcia, bajo la dirección del notable periodista Justo García Soriano.

»En dicha Revista, lujosamente editada, figuran, entre otros, interesantes originales de Díez de Revenga, Frutos Baeza, Codorníu, José Ballester y Bolarín.

»Su presentación y su texto nos incitan a desear que arraigue pronto y conquiste la prosperidad necesaria para realizar la empresa cultural que pretende.»

Agradecemos muy de veras al gran rotativo de la Corte sus palabras de estímulo, tanto más por la gran autoridad e imparcialidad que le reconocemos.